

La tersura de las relaciones entre el presidente Salinas y el Partido Acción Nacional, de la que el nombramiento de Lozano parecía ser mera continuación, se ha transformado en una vinculación tensa, que a ratos se ha tornado más que rasposa. A medida que se aproxima el proceso electoral federal (precedido por comicios locales clave para Acción Nacional, como los mexiquenses) crecerán las fricciones entre ambos partidos, que se disputarán una y la misma clientela electoral. En esas fricciones ha sido especialmente predicamentoso el papel del procurador general de la República que, por donde quiera que se le vea, es un opositor colaborando con el gobierno, y no meramente a título personal, sino involucrando a su partido. Tal evidencia genera dos clases de problemas, los que tienen que ver con el vínculo entre el PAN y el gobierno (y su partido), y los que conciernen a la procuración de justicia, es decir los que importan a un mayor número de mexicanos. La primera categoría de conflictos los resolverán las partes involucradas para su bien o para su mal. Pero no es correcto que la justicia quede a merced de esos intereses y esas tensiones, siendo que ya padece las suyas propias.

Descriptores: Columna Plaza Pública

Título: Plaza Pública/ Salinas y Vázquez Raña
Fuente: Reforma
Fecha: 23/08/1996
Folio: 43162
Medida: 6422

Plaza Pública / Salinas y Vázquez Raña

Miguel Angel Granados Chapa

Hace cuatro años, después del fracaso de la delegación mexicana a los juegos de Barcelona. Salinas expresó su insatisfacción ante ese resultado y en consonancia con su talante tecnocrático, dispuso que se formara una Comisión destinada a diagnosticar lo ocurrido y a proponer soluciones a los problemas del triste deporte olímpico mexicano.

Dada la ubicuidad del presidente Salinas, que pretendió estar en todo durante su mandato, también es muy amplio el terreno donde al correr del tiempo se percibe el efecto negativo de su paso.

La fórmula que encabeza esta columna no es una denominación comercial, como pudiera creerse dada la vocación mercantil o financiera de quienes ostentan esos apellidos. Los une en esta ocasión una responsabilidad común, la que provocó la frustración de las ilusas expectativas que un cierto número de espectadores mexicanos se forjó respecto del desempeño de nuestros equipos en los Juegos Olímpicos.

Dada la ubicuidad del presidente Salinas, que pretendió estar en todo durante su mandato, también es muy amplio el terreno donde al correr del tiempo se percibe el efecto negativo de su paso. Se le puede llamar con justeza el Antimidias, en oposición al legendario rey que convertía en oro cuanto tocaba, porque Salinas hizo basura todo lo que estuvo al alcance de su mano. El deporte organizado no escapó a esa circunstancia.

Hace cuatro años, después del fracaso de la delegación mexicana a los juegos de Barcelona. Salinas expresó su insatisfacción ante ese resultado. Eran los días de su mayor popularidad, y de más acentuado autocratismo, por lo cual esa manifestación de su voluntad fue vista con temor por los afectados, y con esperanza de mejoría en quienes estaban hipnotizados por la aparente eficacia del Presidente.

En consonancia con su talante tecnocrático, Salinas dispuso que se formara una Comisión destinada a diagnosticar lo ocurrido y a proponer soluciones a los problemas del triste deporte olímpico mexicano. En 21 días, trabajando a marchas forzadas, esa comisión presentó un "Dictamen sobre la participación del equipo mexicano en los XXV juegos olímpicos y el estado del deporte nacional". Algunas de las conclusiones de ese estudio se referían a la situación creada por la anómala presencia del Comité Olímpico Mexicano (COM) en el panorama deportivo nacional. Se reconoció, por ejemplo, que "no hubo continuidad en el seguimiento de la preparación de los atletas luego de la transferencia del equipo seleccionado de la Conade (Comisión Nacional del Deporte) al COM". También se le aludía al hablarse de duplicidad de mandos, control deficiente y falta de coordinación entre autoridades deportivas.

Con justa apreciación de las circunstancias, la Comisión atribuyó valor político al resultado de su trabajo, pues dijo que, ante el fracaso de Barcelona, "la reacción habida al más alto nivel gubernamental lo eleva a las altas jerarquías de la consideración política". Como consecuencia, también atinó la comisión respecto de "la amplia expectativa" que generaron sus propias tareas así como "las decisiones que pueda tomar el presidente de la República".

Pues al parecer el Ejecutivo no pudo tomar ninguna. O ninguna al menos que mejorara la condición del deporte olímpico mexicano, porque si Barcelona provocó gran decepción en México, Atlanta generó una frustración peor aun, pues los resultados fueron todavía más deficientes. Y no se diga que exagero al atribuir tal desenlace a Salinas, porque el documento de la comisión organizada por su voluntad le atribuía el poder taumatúrgico de reorganizar esa actividad con sólo deseirlo.

Distinguidos mexicanos formaron la comisión que hace exactamente cuatro años dio a conocer su diagnóstico. La encabezó el doctor Guillermo Soberón, y la integraron el ingeniero Gilberto Borja Navarrete, hoy director general de Nacional Financiera (reelegido la semana pasada presidente de los Pumas de la UNAM), y el doctor Donato G. Alarcón, director del Instituto Nacional de Nutrición. Dos sobresalientes ex deportistas, la señora Pilar Roldán y Héctor Espino, fueron también miembros del grupo. Y actuó como su secretario técnico el licenciado Rafael García Garza, uno de los mejores conocedores de la organización deportiva mexicana y del derecho que la rige.

A pesar de la autoridad de las personas nombradas, nada de lo que dijeron tuvo repercusión en la realidad. Por lo que se ha visto después, su texto fue al cesto de la basura en la oficina presidencial. Y el señor Vázquez Raña ha persistido en su exitoso papel de ser un estorbo principal para el desarrollo del olimpismo mexicano. Más todavía, como dirige habilidosamente sus negocios, así los de mueblería como los hospitalarios y periodísticos, en todos ellos prospera. Con recursos cuyo origen provoca envidia en quienes padecen disminuciones de la productividad y la carestía de los créditos, ha adquirido periódicos de gran importancia como el Diario de Xalapa en la capital veracruzana, y el conocido tabloide La Prensa, en la ciudad de México.

No sólo en ese terreno ha conocido el auge. En el ámbito deportivo mantuvo su posición, y aún la consolidó en sentido contrario de lo que recomendaba el informe de la Comisión.

Pero no perdonó a sus miembros. Contra el secretario del grupo desplegó una campaña innoble. Designado por el regente Oscar Espinosa Villarreal director de prensa del DDF, al comenzar este sexenio, García Garza no pudo permanecer en su sitio más que pocos meses. Condenado expresamente por Vázquez Raña, que consideró ese nombramiento un acto de inamistad de Espinosa Villarreal, García Garza tuvo que marcharse cuando vio que la malquerencia que le profesa Vázquez Raña entorpecía el trabajo de su jefe y amigo. Los diarios capitalinos de la Organización Editorial Mexicana, especialmente El Sol del Mediodía, emprendieron una campaña

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Salinas y Vázquez Raña

Hace cuatro años, después del fracaso de la delegación mexicana a los juegos de Barcelona, Salinas expresó su insatisfacción ante ese resultado y en consonancia con su talante tecnocrático, dispuso que se formara una Comisión destinada a diagnosticar lo ocurrido y a proponer soluciones a los problemas del triste deporte olímpico mexicano.



LA FÓRMULA QUE ENCABEZA ESTA COLUMNA NO es una denominación comercial, como pudiera creerse dada la vocación mercantil o financiera de quienes ostentan esos apellidos. Los une en esta ocasión una responsabilidad común, la que provocó la frustración de las ilusas expectativas que un cierto número de espectadores mexicanos se forjó respecto del desempeño de nuestros equipos en los Juegos Olímpicos.

Dada la ubicuidad del presidente Salinas, que pretendió estar en todo durante su mandato, también es muy amplio el terreno donde al correr del tiempo se percibe el efecto negativo de su paso. Se le puede llamar con justeza el Antimidas, en oposición al legendario rey que convertía en oro cuanto tocaba, porque Salinas hizo basura todo lo que estuvo al alcance de su mano. El deporte organizado no escapó a esa circunstancia.

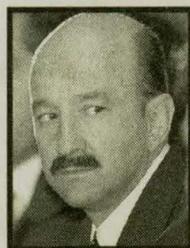
Hace cuatro años, después del fracaso de la delegación mexicana a los juegos de Barcelona, Salinas expresó su insatisfacción ante ese resultado. Eran los días de su mayor popularidad, y de más acentuado autocratismo, por lo cual esa manifestación de su voluntad fue vista con temor por los afectados, y con esperanza de mejoría en quienes estaban hipnotizados por la aparente eficacia del Presidente.

En consonancia con su talante tecnocrático, Salinas dispuso que se formara una Comisión destinada a diagnosticar lo ocurrido y a proponer soluciones a los problemas del triste deporte olímpico mexicano. En 21 días, trabajando a marchas forzadas, esa comisión presentó un "Dictamen sobre la participación del equipo mexicano en los XXV juegos olímpicos y el estado del deporte nacional". Algunas de las conclusiones de ese estudio se referían a la situación creada por la anómala presencia del Comité Olímpico Mexicano (COM) en el panorama deportivo nacional. Se reconoció, por ejemplo, que "no

hubo continuidad en el seguimiento de la preparación de los atletas luego de la transferencia del equipo seleccionado de la Conade (Comisión Nacional del Deporte) al COM". También se le aludía al hablarse de duplicidad de mandos, control deficiente y falta de coordinación entre autoridades deportivas.

Con justa apreciación de las circunstancias, la Comisión atribuyó valor político al resultado de su trabajo, pues dijo que, ante el fracaso de Barcelona, "la reacción habida al más alto nivel gubernamental lo eleva a las altas jerarquías de la consideración política". Como consecuencia, también atinó la comisión respecto de "la amplia expectativa" que generaron sus propias tareas así como "las decisiones que pueda tomar el presidente de la República".

Pues al parecer el Ejecutivo no pudo tomar ninguna. O ninguna al menos que mejorara la condición del deporte olímpico mexicano, porque si Barcelona provocó gran decepción en México, Atlanta generó una frustración peor aun, pues los resultados fueron todavía más deficientes. Y no se diga que exagero al atribuir tal desenlace a Sali-



Dada la ubicuidad del presidente Salinas, que pretendió estar en todo durante su man-

dato, también es muy amplio el terreno donde al correr del tiempo se percibe el efecto negativo de su paso.

nas, porque el documento de la comisión organizada por su voluntad le atribuía el poder taumatúrgico de reorganizar esa actividad con sólo desearlo.

Distinguidos mexicanos formaron la comisión que hace exactamente cuatro años dio a conocer su diagnóstico. La encabezó el doctor Guillermo Soberón, y la integraron el ingeniero Gilberto Borja Navarrete, hoy director general de Nacional Financiera (reelegido la semana pasada presidente de los Pumas de la UNAM), y el doctor Donato G. Alarcón, director del Instituto Nacional de Nutrición. Dos sobresalientes ex deportistas, la señora Pilar Roldán y Héctor Espino, fueron también miembros del grupo. Y actuó como su secretario técnico el licenciado Rafael García Garza, uno de los mejores conocedores de la organización deportiva mexicana y del derecho que la rige.

A pesar de la autoridad de las personas nombradas, nada de lo que dijeron tuvo repercusión en la realidad. Por lo que se ha visto después, su texto fue al cesto de la basura en la oficina presidencial. Y el señor Vázquez Raña ha persistido en su exitoso papel de ser un estorbo principal para el desarrollo del olimpismo mexicano. Más todavía, como dirige habilidosamente sus negocios, así los de mueblería como los hospitalarios y periodísticos, en todos ellos prospera. Con recursos cuyo origen provoca envidia en quienes padecen disminuciones de la productividad y la carestía de los créditos, ha adquirido periódicos de gran importancia como el *Diario de Xalapa* en la capital veracruzana, y el conocido tabloide *La Prensa*, en la ciudad de México.

No sólo en ese terreno ha conocido el auge. En el ámbito deportivo mantuvo su posición, y aún la consolidó en sentido contrario de lo que recomendaba el informe de la Comisión.

Pero no perdonó a sus miembros. Contra el secretario del grupo desplegó una campaña innoble. Designado por el regente Oscar Espinosa Villarreal director de prensa del DDF, al comenzar este sexenio, García Garza no pudo permanecer en su sitio más que pocos meses. Condenado expresamente por Vázquez Raña, que consideró ese nombramiento un acto de inamistad de Espinosa Villarreal, García Garza tuvo que marcharse cuando vio que la malquerencia que le profesaba Vázquez Raña entorpecía el trabajo de su jefe y amigo. Los diarios capitalinos de la Organización Editorial Mexicana, especialmente *El Sol del Mediodía*, emprendieron una campaña contra el regente (no el enjuiciamiento crítico que su labor amerita, sino el golpeo constante y desconsiderado) que pronto resultó insoportable. Y el hilo se ventó por lo más delgado.